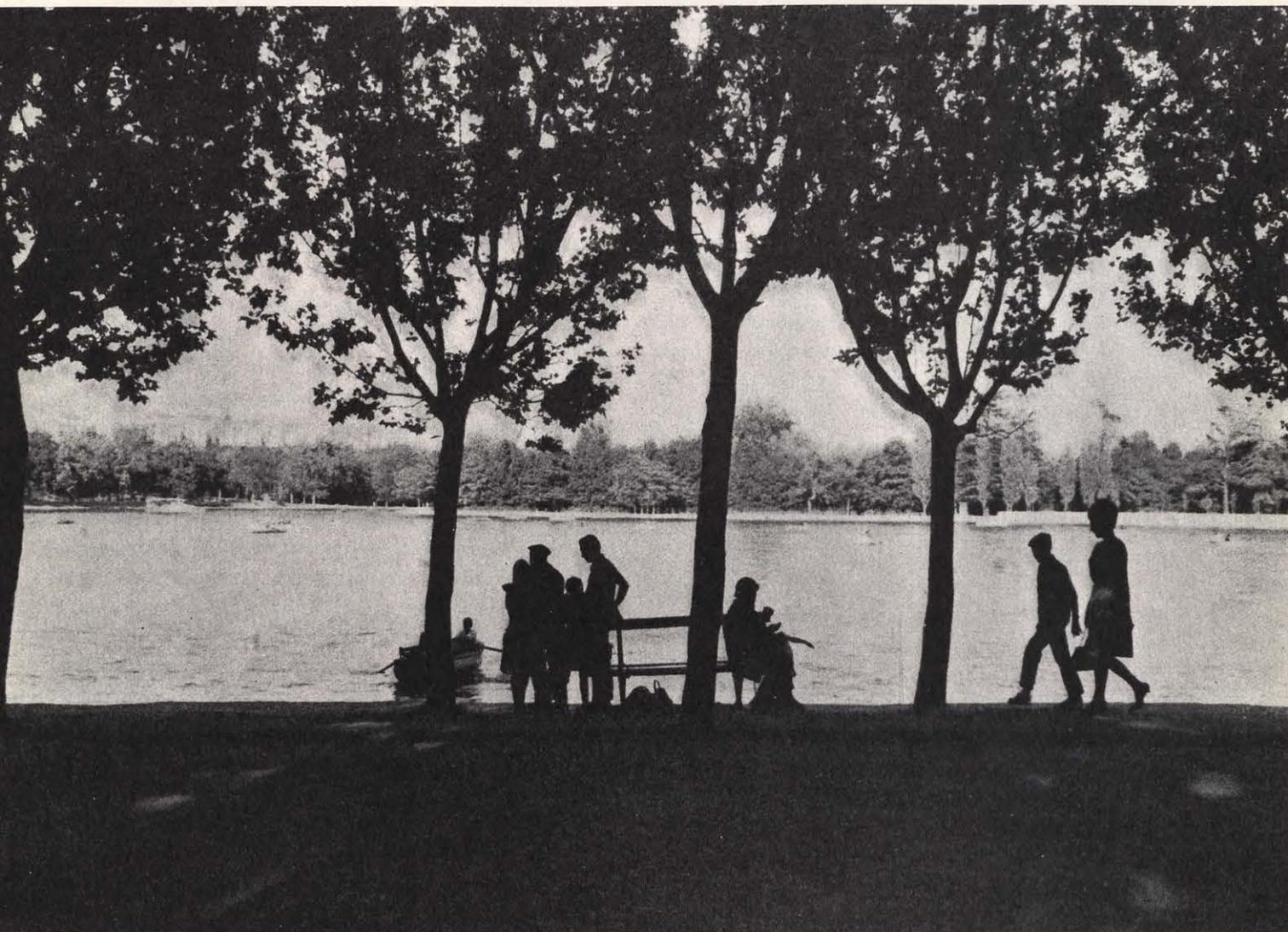


NOTAS DE FILOSOFIA

P. Alfonso López Quintás.



APUNTES PARA UNA TEORIA DE LA CONVIVENCIA

"La amistad es lo más necesario de la vida."
(Aristóteles.)

Paralelamente a los estudios sobre "urbanismo" que van a ocupar los afanes de esta Revista en varios de sus números, quisiera proponer al lector un puñado de ideas acerca de un tema excepcionalmente interesante para los arquitectos: *la revaloración actual de la vida ciudadana*.

Es éste un fenómeno consolador, pero desconcertante si no se lo estudia con suficiente radicalidad, pues sucede que mientras unos autores toman la pluma para destacar la condición esencialmente "política", es decir, ciudadana, del hombre, otros siguen blandiéndola como espada para delatar las nefastas secuelas de la vida en núcleos urbanos. Con objeto de centrar la atención basta citar dos nombres bien conocidos y caracterizados: *Max Picard* y *Antoine de Saint-Exupéry*.

Este hecho sólo contradice mi actitud optimista si se lo ve superficialmente, como una mera toma de posición frente a esa realidad compleja que llamamos "ciudad". M. Picard caracteriza a la "gran ciudad" como "la central de la huída", lugar no de reposo y habitación, sino de paso en la fuga frente a Dios. Saint-Exupéry ensalza la ciudad como símbolo del hombre integral, que es una persona en situación de reposo comunitario. El hombre es un ser que habita. ¿Hay aquí oposición?

Mi respuesta es negativa, pues ambos autores están apuntando con su poderosa intuición al mismo fin, es a saber: *los valores auténticamente humanos de la vida en común*. Conviene notar, sin embargo, que lo hacen desde dos vertientes distintas: la *plenitud* de la vida comunitaria y su *degeneración*. "Yo he descubierto una gran verdad—leemos en *Citadelle*—: que los hombres habitan, y que el sentido de las cosas cambia para ellos según el sentido de la mansión que los alberga" (1). "La gran ciudad—escribe por su parte Picard en *La huída de Dios*—es la central de la huída. Las calles son como tubos que han absorbido a los hombres. Junto a los hombres han sido trasplantados a la ciudad algunos árboles; éstos están allí, en pie, angustiados, al borde de las calles. La gran ciudad es el punto de concentración de todos los que huyen" (2).

En el fondo, leídos los textos a la luz del espíritu que impulsa la producción conjunta de ambos escritores, se observa que su reacción ante el fenómeno social es idéntica: emoción ante los valores de la vida en solidaridad, ganada a costa de sacrificio y oblación; pena e indignación al adivinar la falsedad, la infinita oquedad de una vida en común impulsada por móviles *individualistas*. Esta sociedad no "habita", huye; no "está", se marcha. Por las calles de estas ciudades se escapan los hombres, unos de otros, en vez de irse al encuentro.

Aquí está la categoría decisiva: *el encuentro*. ¿Sirve la ciudad actual para encontrarse los hombres? ¿Qué significa el encuentro?

Se nos viene a la mente el célebre pasaje, insospechadamente profundo, del diálogo entre el *Petit Prince* y el zorro. El Príncipe, símbolo de corazón abierto al misterio de lo irrepitable, lo singular, lo que entraña un valor personal por humilde que sea, tropieza en el desierto con una "persona mayor" ("une grande personne") que "lo mezcla todo, lo confunde todo", y considera más importante reparar el motor de su avión que averiguar la razón de ser de las espinas que presentan las rosas. Esto lo defraudó, pues él creía en el valor de las cosas, y sentía angustia por el porvenir de su rosa, la rosa única del pequeño planeta en que habitaba. Pero cuál no sería su decepción al descubrir en la Tierra todo un jardín de rosas semejantes a la suya. Esta cantidad abrumadora pareció de momento reducir el valor de su rosa a mera unidad de una especie inconmensurable. Y, como sucede a todo espíritu sensible ante un mundo que se derrumba, el pequeño príncipe se tendió sobre la hierba a llorar. En este momento decisivo, la voz de la sabiduría se encarnó en un animal, que vendría a representar aquí no el mundo de la astucia, sino el de la espontaneidad, la fidelidad a lo natural.

"Fué entonces cuando apareció el zorro:

—Ven a jugar conmigo—le propuso el Príncipe—. Estoy tan triste...

—No puedo jugar contigo—dijo el zorro—. No estoy 'apprivoisé'.

—¡Ah!, perdón—exclamó el Príncipe. Pero después de reflexionar un poco, agregó—: ¿Qué significa 'apprivoiser'?

—Tú no eres de aquí—dijo el zorro—. ¿Qué es lo que buscas?

—Busco a los hombres—dijo el Príncipe—. ¿Qué significa 'apprivoiser'?

—Los hombres—dijo el zorro—tienen fusiles y cazan. ¡Es una lata! Claro que también crían gallinas (...). ¿Tú buscas gallinas?

—No—dijo el Príncipe—. Yo busco amigos. ¿Qué significa 'apprivoiser'?

(1) A. de Saint-Exupéry: *Citadelle*. Gallimard. París, 1948.

(2) *Die Flucht vor Gott*. Rentach Verlag. Zürich, 1951³. Hay traducción castellana en Edic. Guadarrama. Madrid, 1962.

—Es algo demasiado olvidado—dijo el zorro—. Significa 'crear lazos'...

—¿Crear lazos?

—Justamente—dijo el zorro—. De momento tú no eres para mí más que un muchacho semejante a otros cien mil muchachos. Y yo no tengo necesidad de ti. Y tú tampoco la tienes de mí. Yo no soy para ti más que un zorro semejante a otros cien mil zorros; pero si tú me 'apprivoises', tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo y yo seré para ti único en el mundo...

—Empiezo a comprender—dijo el Príncipe—. Hay una flor... yo creo que me ha 'apprivoisé'.

—...

Pero el zorro volvió a su idea.

—Mi vida es monótona. Yo cazo gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen, y todos los hombres se parecen. Por eso me aburro un poco. Pero si tú me 'apprivoisés', mi vida será como iluminada por el sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Los otros pasos me hacen entrar bajo tierra. El tuyo me invitará a salir de la madriguera como una música. Y, además, ¡mira! ¿Ves allí los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo para mí es inútil. Los campos de trigo no me dicen nada. Y esto es triste. Pero tú tienes cabellos color de oro. Por eso será maravilloso cuando me hayas 'apprivoisé'. El trigo, que es dorado, me hará acordarme de ti. Y me gustará el ruido del viento en el trigo...

El zorro se calló y miró largo tiempo al Príncipe.

—Por favor...—le dijo—, 'apprivoise-moi'.

—Con gusto lo haría—respondió el Príncipe—, pero yo no tengo mucho tiempo. Tengo amigos que descubrir y muchas cosas que conocer.

—No se conocen más cosas que las que uno 'apprivoisé'—dijo el zorro" (3).

Comparemos este relato con los siguientes párrafos del libro de Picard *El matrimonio inconvencional*:

"En el mundo externo al matrimonio el hombre toma su existencia hecha, como un producto recién terminado de la fábrica, pero en la casa del matrimonio no ocurre así. La existencia está aquí de nuevo en su albor, y se estremece como todo lo que está en su comienzo. El hombre siente de nuevo su existencia como algo que está ahí por primera vez, siente el temblor y la fragilidad de lo originario."

"El hombre y la mujer plantan un árbol en el jardín, y parece que por vez primera un hombre y una mujer ponen un árbol en la tierra, y se asombran de que la tierra los sostenga y el peso de los cielos no lo oprima."

"El aire no es, como sucede fuera del matrimonio, un espacio vacío en que los aviones vuelan; el aire en la casa del matrimonio es un ser originario, acariciado por el aliento de la mujer y removido con más fuerza por el aliento del hombre, un elemento amado que sin cesar está indicando en silencio que el otro está ahí."

"Buenos días, dice el marido a la mujer al despertarse, y es como si fuera la primera mañana."

"En la casa del matrimonio las cosas son traídas de nuevo ante el hombre para que les dé nombre. 'El horno, ¡ah!, el horno', dice la mujer, y los ladrillos empiezan a calentar bajo el calor de su palabra. Aquí los nombres no son meros rótulos de identidad o signos para clasificar las cosas, son la esencia misma de las cosas" (4).

(3) Cf. *Le Petit Prince*. Gallimard. París, 1946, págs. 66-69.

(4) Cf. *Die unerschütterliche Ehe*, E. Rentsch Verlag. Zürich, 1952, págs. 14-23.

Como puede observar el lector, en esta interpretación de la vida en la unidad del matrimonio, Picard subraya la importancia del amor como forma suprema de entrega, y el carácter *originario* y como tal *irreductible* de los fenómenos profundamente humanos, que son todos, en el fondo, *ámbitos de convivencia*. El espacio auténticamente humano es un espacio con *densidad* que se opone a la *soledad vacía* del desarraigo (5). Espacio dice compañía, y se constituye al conjuro del diálogo que crea *vínculos* porque nace a impulsos de una necesidad de entrega. En lo cual es de notar que darse no es perderse, porque la distensión dispersa cuando se da en un *plano superficial*, y aún cuando tiene lugar en estratos *profundos*. Los espacios vitalmente humanos surgen cuando el hombre se entrega por amor a lo profundo. Que el respeto a la profundidad de lo misterioso es lo que transforma un *local* en espacio resalta en el conocido párrafo de *Citadelle*: "Te será imposible amar una cosa que no tenga un rostro propio y donde los pasos no tengan su sentido. Había (en el palacio de mi padre) una sala reservada a los principales embajadores y que se abría sólo al sol de los grandes días; había aquella otra en que se hacía justicia y aquella a donde se llevaba a los muertos; y aquella, en fin, siempre vacía, cuya utilidad nunca se conoció y que quizá no tuviera ninguna, salvo la de enseñar el respeto y el sentido del misterio y que nunca se penetran del todo las cosas..."

Picard y Saint-Exupéry van de la mano, pues, en la descripción y fundamentación de los fenómenos de convivencia. Pero también en la vertiente crítica de los procesos degenerativos.

Recordemos las palabras del zorro al Príncipe: "Los hombres no tienen ya tiempo de conocer nada. Compran cosas ya hechas en las tiendas. Pero como no hay tiendas de amigos, los hombres no tienen ya amigos" (6).

Picard tiene un sexto sentido para advertir el volumen de las cosas y fenómenos naturales, y un poder poético nada común para darles cuerpo. Sus obras, entusiastas, vibrantes y profundamente poéticas—porque nacen al calor de lo originario—no son sino variaciones del mismo tema, modulaciones de un único mensaje de sabiduría, que es en el fondo una invitación a la *piEDAD*, al amor reverente hacia las realidades *irrepetibles* y, de consiguiente, "inquebrantables". Picard, como todo auténtico poeta, vibra ante lo viviente, lo cual no es mera capacidad de invención, sino voluntad del diálogo. El poeta no inventa tan sólo; descubre y dialoga.

Ahora bien: la piedad exige paciencia, ritmo reposado y atento, pues *lo profundo sólo se abre a una intuición que penetra a fuerza de insistir*. El que vive de prisa se atiene sólo a lo superficial, lo expeditivo, lo que basta a efectos de uso y abuso. Por eso degenera su lenguaje en sistema de signos que permite manipular las cosas como instrumentos de poder. Para dialogar en una relación de encuentro se necesita *calma*.

"—Si quieres un amigo, apprivoise-moi—decía el zorro al Príncipe.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó el Príncipe.

—Hay que ser muy paciente—respondió el zorro—. Tú te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Yo te miraré por el rabillo del ojo y tú no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero cada día podrás irte sentando un poco más cerca..." (7).

Ahora bien: lo contrario de esta atenta calma ante lo profundo es "la huída", el esquivar el encuentro con los seres dotados de intimidad, lo que no puede ser reducido a elementos amorfos y nos obliga a tomar actitud personal. Es la gran lección de la primera obra de Max Picard: *La huída de Dios*.

(5) Recuérdense la profunda observación del *Petit Prince* en su apóstrofe a las rosas: "Sois hermosas, pero estáis vacías. No se puede morir por vosotras." *Ob. cit.*, pág. 72.

(6) Cf. *Ob. cit.*, pág. 79.

(7) Cf. *Ob. cit.*, pág. 69. De modo semejante se expresa Ricard: "El amor es lo que más impide al hombre hacerse móvil para la huída. El hombre que ama a otro o a una cosa observa despacio y con precisión el objeto que ama, lo mira y remira como queriendo buscar una partecita no amada por él. El amor es paciente, espera hasta que el objeto amado se incorpora a su amor. Todo esto requiere demasiado tiempo en la huída, donde siempre se está en camino. Por eso el sistema del mundo está construído sin amor. Todas las relaciones en las que el amor se infiltra, como el matrimonio, la familia y la amistad, etc., son destruídas por el hombre de la huída. Se pretende convertir el matrimonio, la familia y la amistad en puros vínculos externos. Ya no se permanece en estos estados, porque falta el amor; sólo se está materialmente unido, para lanzarse reunidos a la huída." (Cf. *La huída de Dios*, pág. 63.)

Pocas veces se ha logrado expresar con más crudeza y verismo que en este libro la aversión del hombre actual a lo profundo, al misterio de los seres. La rebeldía del hombre contemporáneo no es mera exaltación subjetivista de la propia autonomía, sino la negación nihilista de la autonomía de los seres del universo. De ahí la despreocupación de las "personas mayores" por cuanto no sea susceptible de cuantificación, de tratamiento reductor, de sumisión a cálculo e instrumento de poder. Esto explica que si se concede prevalencia a lo universal sobre lo particular concreto es por el secreto afán de reducir éste a un mero caso de aquél. Por eso insisten Picard y Saint-Exupéry en el carácter concreto del modo humano de *habitar*. "Los hombres habitan, escribe éste. El hombre en el matrimonio—observa Picard—no se halla frente a una masa, algo informe y *general*, sino frente a seres concretos y perfectamente definidos, porque su personalidad ha sido aceptada por el amor. La esposa no es una mujer; los hijos no son unos niños. El carácter irreductible de los seres del entorno exige del hombre una actitud reverente que corta al filo a toda actitud de violencia, sólo adecuada al trato con las "cosas". "Lo universal ha perdido aquí en la casa del matrimonio su carácter extraño y como inaccesible; se ha encarnado en una persona. Es como una redención del universal mismo, del riesgo que corre de diluirse en algo lejano e indeterminado. Lo universal cesa en la casa del matrimonio de ser masa. Es algo extraordinario del matrimonio que suceda esto en él. Y lo universal fuera del matrimonio se hace más concreto por el hecho de que una vez al menos, en el matrimonio, se haya podido concretar en una persona, en la mujer" (8).

Esto nos permite comprender que cuando Picard denuncia a la gran ciudad como "central de la huída" no está impugnando la forma ciudadana de convivencia, sino el veneno sutil que la corroe y disuelve: *el desamor*. Si los ámbitos humanos brotan del "encuentro", y éste se funda en la "piedad", huir del amor es dejar al aire las raíces de la vida en común. Una comunidad sin respeto y amor mutuo perece por inanición. Este sugestivo tema del *encuentro* nos ocupará otro día. Hoy conviene observar de cerca el fenómeno de la huída.

Ya hace tiempo denunció Guardini el hecho de la *retracción* del "hombre de ciudad" ante los fenómenos naturales, que son desde antiguo motivo del asombro que funda el pensar filosófico y el fondo de sabiduría que alienta en la vida espiritual de los pueblos. El que se retira a la ciudad por afán de evasión huye de lo originario para refugiarse en lo *artificial*, lo que puede reducirse a un proceso bien conocido de gestación. (Recuérdese, por ejemplo, que los nazaretanos, al observar la portentosa sabiduría humanamente inexplicable de Jesús, exclamaban: "¿No es éste el hijo de José?") Todos los grandes fenómenos naturales: la vida y sus dos momentos límites, nacimiento y muerte; el brotar del agua en una fuente, el levantarse y ponerse el sol, la potencia del mar, el ardor del fuego, el milagro siempre nuevo de la luz, la maravilla del lenguaje, etc., todos estos fenómenos implican algo originario que remite a un núcleo de misterio e invita al reposo de la reflexión (9). El que intenta reducirlos a microfenómenos sin sentido se entrega a la fuga, se incrusta en los mil y mil elementos simples que sirven de apoyo expresivo a los fenómenos complejos, pero unitarios (10). El que huye queda al descampado, porque pierde el amparo de lo cualitativo para perderse en el caos de lo múltiple amorfo. La "huída" de Picard es la forma extrema de alineación en lo meramente cuantitativo, y, en el fondo, una rebelión contra el espíritu.

Atendamos a esto, pues gran parte de los fenómenos más sobresalientes, por excéntricos, de la Antropología y la Sociología, la Literatura y el Arte contemporáneos tienen aquí, expresa o tácitamente, su punto de arranque. La lectura de los textos demuestra una vez más el carácter *realista* de mi interpretación (11).

(8) *Die unerschütterliche Ehe*, pág. 114.

(9) Devolver a los jóvenes desilusionados de la posguerra del 18 el sentido de lo originario, de todas las realidades que constituyen un "salto" (*Sprung*) a la existencia, como dice Jaspers, era uno de los fines del *Movimiento alemán de Juventud*, que ha cosechado óptimos frutos.

(10) Como he advertido ampliamente en mi obra *Metodología de lo suprasensible*, una de las tareas más graves de la Antropología actual consiste en estudiar cada forma de ser con sus categorías pertinentes, no intentando comprender al hombre desde el animal, conforme a un método muy al uso en los últimos años, consistente en explicar lo superior a partir de lo inferior.

(11) Véase, por ejemplo, las citas de Scheler, Klages, Gehlen, Maeterlinck y Ortega hechas en mi obra *Metodología de lo suprasensible*, págs. 145-146. Sería muy sugestivo proyectar sobre este telón de fondo la luz que arrojan los textos de Picard y Saint-Exupéry, anteriormente citados.

En el artículo "Elogio de la ciudad" [Cf. ARQUITECTURA, enero 1962] veíamos a la ciudad como el campo de acción del espíritu. Picard y Saint-Exupéry denuncian a la ciudad *actual* como el lugar de exilio del espíritu y de exaltación de los valores meramente vitales: *utilidad y poder*.

Cuáles son las bases de una auténtica convivencia es tema de largo alcance que exige tratamiento aparte. Dejemos hoy tan sólo constancia de que vuelve a sentirse en Literatura y Sociología la necesidad de la convivencia urbana. Lo cual indica, sin duda alguna, que está perdiendo vigencia el individualismo esteticista a favor de un modo de pensar *comprometido y solidario*. De ahí la actualidad de la categoría de "compromiso". Con frecuencia se oye decir a los arquitectos que los espacios urbanos deben ser *habitables* (12). Esto es exacto, pero hay que añadir más. Así como el tiempo no debe ser meramente mecánico, sino vital, y el tiempo vital debe tener esos puntos de madurez y plenitud que llamamos *tiempo festivo*, el espacio debe ser humanamente habitable, pero además *sagrado*, como es el auténtico amor que crea vínculos y funda ámbitos de convivencia fiel y perdurable.

Se da una relación muy estrecha entre la densidad de los ámbitos comunitarios y la dignidad de que gozan las personas que la forman. En aparente paradoja, para conseguir espacios verdaderamente humanos, que es algo *supraindividual*, hay que otorgar el debido valor a las *personas*.

Por eso, cuando se intenta coactivamente reducir al hombre a número de una masa, fácilmente manipulable, se lo aleja de sus medios naturales de habitación, y viceversa. (Recordemos los móviles y la técnica de las repoblaciones históricas y los problemas sociológicos que plantean las masas de los exilados actuales.) En el ambiente desangelado del suburbio de una ciudad industrial es más fácil hacer triunfar el colectivismo socializante que en medios rurales estructurados según el principio de la propiedad privada. Para desarrollar su personalidad el hombre necesita un radio de acción proporcionado a su empuje interno. En un medio vital tendenciosamente enrarecido en lo tocante a vínculos humanos, los individuos permanecen esclerosados en sí mismos, sin esa flexible dinamicidad que distingue a las personalidades bien logradas. En este aspecto muy bien puede decirse que el entorno social confiere al hombre *dignidad*.

El espacio es *sagrado* cuando está fundado por *personas*, es decir, por seres a quienes su carácter *intransferible* hace acreedores a un trato de *excepcional respeto*. Si cada hombre es reducido, pues, a un millón de hombres partido por un millón, se diluyen los lazos que lo integran en una comunidad, y el poder público puede profanar los ámbitos más sagrados de la existencia humana: por ejemplo, el recinto sacrosanto de la unidad y vida familiar. ¿Cómo podría explicarse de otro modo, pongo por caso, la intervención estatal en el llamado control de la natalidad, y las delaciones provenientes del seno mismo de las familias durante ciertos períodos bien conocidos de represión política?

La falta de piedad (amor reverente) se traduce, por una ley inexorable, en voluntad de violencia y avasallamiento, y esta forma de coacción sólo puede ser ejercitada con seres *impunemente intercambiables*. El espacio, como modo eminente de unidad, es el más firme amparo de los seres humanos, como queda al descubierto por el trágico hecho de que cuando éstos se disgregan quedan a merced de las fuerzas oscuras de la opresión.

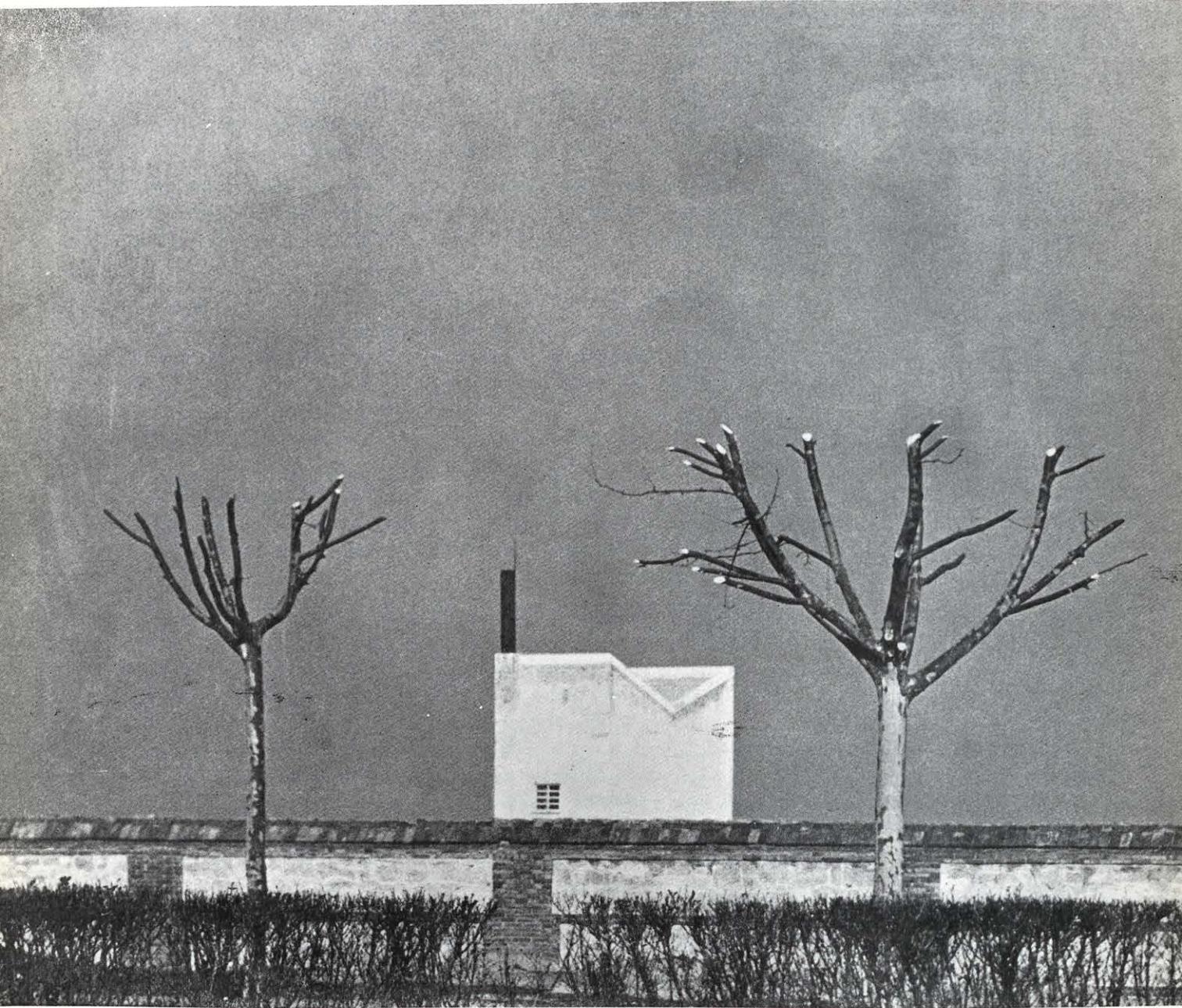
En la madurez de su vida personal, el hombre crea por necesidad vital espacios sagrados. Al degenerar de persona en individuo, el hombre rompe amarras con el prójimo, perdiendo con ello a la vez la atmósfera nutricia que lo amparaba y su misma dignidad personal.

Sobre este dramático fondo resaltan, y en toda su fuerza expresiva, las siguientes frases de Picard, de otro modo incomprensibles:

"En la huída es preciso cambiar frecuentemente las cosas entre sí. No se puede tratar caprichosamente una cosa concreta." "Cosas y hombres, tan pronto penetran en el mundo de la huída, son vaciados automáticamente" (13).

(12) Es el tema del bello artículo del arquitecto J. Gómez y B. de la Buelga: "Espacios habitables" (ARQUITECTURA, núm. 38, febrero 1962).

(13) Cf. *La huída de Dios*. Edic. Guadarrama, págs. 45-46.



(Foto Gómez.)